

históricas que prescriben la suspensión temporal de las leyes morales.

Los factores de un ejército son el personal, el armamento, y el mando. Este último es tan importante como los otros dos. Si admitimos que por obra cabalística el cura Hidalgo hubiera formado el ejército insurgente. ¿De dónde debió haber tomado el jefe? ¿Estaba obligado á serlo él mismo? ¿No se puede ser jefe revolucionario sin patente previa de gran militar? Son las revoluciones las que improvisan los grandes militares, las que los educan, las que los aconsejan, las que los tiemplan, las que les inculcan grandes ambiciones.

¿Qué escuela de grandes capitanes formó al Cid, á Hernán Cortés, á Cronwell, á Napoleón I, á Washington, á la mayoría de los hombres notables de guerra? No todas las revoluciones son creadoras de grandes jefes. Si la revolución debe parir al héroe que la haga triunfar, exigir que primero aparezca el héroe para que éste haga la revolución, es como exigir que el hijo nazca antes de su madre. Así es, que aun cuando los caudillos de la primera independencia hubieran tenido los elementos para hacer la guerra, estaban obligados á dejar correr la anarquía militar para ver si era posible obtener de ésta el parto del jefe con la misión parriecida de destruir la anarquía que le había dado el ser. Se puede designar un gran jefe cuando existe una galería de héroes vivos y en disponibilidad, pero cuando sólo había como en la Nueva España de 1810 galerías de inquisidores, de obispos y santos, no era posible proveer de jefes á los ejércitos revolucionarios.

CAPITULO CUARTO.

LA OBRA DE HIDALGO Y LA DE MORELOS

I.—Exposición del argumento abrumador.—II. La debilidad de Allende.—III. Principia la acción de la lógica de las ideas.—IV. La obra de sublevación general.—V. El balance de la primera campaña.—VI. Fracaso completo que habría tenido la revolución militar.—VII. El segundo balance de la campaña.—VIII. La obra militar del cura Morelos.—IX. Conclusiones.

I

Contra todo lo que acabo de decir favorable para el cura Hidalgo, se presenta la figura del general Morelos radiante en su obra patriótica de genio verdaderamente militar. El argumento que se puede presentar es: si el cura Morelos, con los recursos despreciables en comparación con inmensos que tuvo el cura Hidalgo, pudo disciplinar las fuerzas dementes de la tempestad revolucionaria é instituir la guerra militar, sin haber sido nunca soldado ni siquiera algo instruído en materia de guerra antes de sus campañas y si por medio de ellas estuvo tres veces á punto de arrancar del dominio de España á su patria; no cabe duda que Hidalgo con mayores elementos pudo hacer más que el cura Morelos y que si no lo hizo, fué por

ligero, por necio, por no querer escuchar los consejos de Allende y otros militares por fátuo, por envanecido, por falta de tamaños para una empresa que nunca supo considerar bajo el punto de vista político, militar, social y ni aun humanitario, ni aun cristiano porque se entregó á la crueldad con la avidez de un dipsómano por el alcohol. Todo lo quiso destruir, matar, pulverizar como si no se tratara de hacer la independencia, sino la sepultura de la sociedad. De esto se deduce que la intervención del cura Hidalgo en la guerra de independencia fué más bien funesta que útil y que mejor hubiera sido que hubiese continuado estudiando moreras y cultivando uvas, sin pensar en hacer felices á sus compatriotas. Tal es el juicio de los conservadores mexicanos respecto de Hidalgo, siendo para ellos el primer héroe de la independencia D. Agustín de Iturbide. Los liberales como Zavala, Mora, Quintana Roo, Mier, Rayón, Guerrero y otros muchos dan el primer lugar en nuestra lucha de independencia á la figura torva y verdaderamente imponente de Morelos.

Si á esto se agrega que no hubo tal grito el 15 de Septiembre, que el iniciador más enérgico de la independencia en pensamiento fué Allende, que el que comenzó su ejecución la noche del 15 en el pueblo de Dolores aprehendiendo con gran audacia á los españoles, fué Allende, y si todavía se añade que Allende como Morelos, quería hacer la revolución por medios estrictamente militares vaciados en hermosos modelos de civilización, generadores de

toda clase de garantías individuales y sociales; resulta que el cura Hidalgo es una gran figura de la imaginación de las multitudes incendiada por cohetes de elocuencia desprendidos de la fantasía de millares de tribunos.

Para fallar en el proceso histórico del cura Hidalgo, hay que examinar su obra revolucionaria, compararla con la de Morelos y establecer bien la división entre estos dos grandes hombres.

II

El 17 de Septiembre de 1810 y cerca del medio día, en el pueblo denominado San Miguel el Grande, un pelotón de populacho se arroja sobre la tienda de abarrotes de un español, con el objeto de saquearla, sin intentar aún linchar al español.

Allende, que hasta ese momento era el jefe de la revolución, se opuso al atentado del populacho, desenvainando su espada y repartiéndolo á diestra y siniestra sablazos y amenazando con voz de trueno castigar con penas muy severas á los infractores de las garantías que generosamente había ofrecido á los vencidos. El cura Hidalgo desaprobó la conducta de Allende, no consideró el pillaje como estrella ó sol de su bandera, sino que dijo que era menester tener prudencia porque si no se toleraban ciertos excesos de la multitud, ésta enfriada por los castigos se retiraría de la revolución.

Los dos caudillos discutieron acaloradamente; Allende manifestó al cura Hidalgo que si

no aceptaba su plan militar de revolución, era tiempo de que se retirara pidiendo su indulto al Intendente de Guanajuato quien no se lo negaría. Mediaron en el conflicto los Aldama, Abasolo y otras personas y al mismo tiempo fué interceptado un pliego del Intendente de Guanajuato en que se recomendaba á un español que con su gente armada procediese inmediatamente á la captura de Hidalgo, por considerársele el más terrible de los rebeldes, debido á su influencia en las masas como eclesiástico que dominaba en sus conciencias y debido á su instrucción no vulgar. Allende fué el primero en decir al cura Hidalgo que puesto que el Intendente español con tan buenas razones lo designaba como jefe del movimiento, él era el primero en aceptarlo como tal y ponerse á sus órdenes. La tropa realista que había defecionado por cariño á Allende, se adhirió á la manifestación de su jefe y el cura Hidalgo fué reconocido por militares y paisanos como el primer caudillo de la revolución.

De estos hechos resulta que Allende era un verdadero soldado, en cuanto á que quería que la lucha fuera estrictamente militar, resulta también que era un militar generoso, bravo, humanitario; pero inservible para jefe de una gran revolución, que debiendo ejecutarse militarmente no podía ser confiada á un civil y mucho menos á un eclesiástico. No se necesitan grandes tamaños intelectuales para que un hombre que tiene la convicción de que á su padre sólo debe cortarle una pierna gangrenada, un cirujano, no deba admitir bajo ningún con-

cepto que un leñador con su hacha se encargue de cortar la pierna paternal. ¿Se sometió Allende á la voluntad de la multitud que designaba al cura Hidalgo como jefe? Gran desatino para un militar admitir que una guerra militar que sólo es posible cuando hay una sola cabeza para mandar sea dirigida en motín por millares de cabezas. ¿Lo hacía realmente en virtud de las razones expuestas por el intendente de Guanajuato? La razón verdaderamente sería era la influencia que en las masas indígenas ejercía el cura Hidalgo como eclesiástico. Para que un eclesiástico sea tenido como revolucionario, es indispensable que la revolución pueda tomar el carácter de una guerra santa, y en ese caso el jefe de la revolución debe reunir á su calidad sagrada la calidad militar como Mahoma, los grandes califas conquistadores ó el Mahdí que en 1883, luchó hasta obtener la victoria por la independencia del Sudan.

III

Las guerras santas como las Cruzadas, como las emprendidas por el islamismo, requieren circunstancias especiales y sobre todo que el jefe sea gran pontífice y gran capitán. El fracaso de las Cruzadas consistió principalmente en que el militarismo se sobrepuso al grado de hacer imperceptible el elemento religioso. Mas como Allende no era autoridad en historia ni en sociología, estaba obligado á tomar como disparate que un eclesiástico dirigiera una

conflagración caracterizada por gran derramamiento de sangre humana.

El cura Hidalgo ignorando completamente cómo son las revoluciones conforme á la Historia, bien interpretada por la crítica filosófica, las ha de haber considerado por la lógica rectilínea de las ideas abstractas, opuesta frecuentemente á la lógica desconcertante de los hechos. El trazo de la revolución por la lógica de las ideas, era: Un pueblo de seis millones de habitantes nacidos en el país, odiaba profundamente á sesenta mil españoles que lo tiranizaban. La gran mayoría de los sesenta mil españoles estaba armada sin constituir ejército ni milicia, pues el ejército lo formaban veintiocho mil soldados de los tiranizados, mandados por jefes españoles. Además los sesenta mil españoles estaban diseminados en territorio inmenso. Solución del problema: Atreverse á lanzar el grito de **¡mueran los gachupines!** que al ser escuchado debía producir el levantamiento general casi sin derramamiento de sangre por enormísima desigualdad de fuerza entre los beligerantes. Tal fué el pensamiento director no sólo del cura Hidalgo sino de todos los revolucionarios que comparan la debilidad de todo tirano, con la portentosa fuerza que pueden desplegar los tiranizados.

El cura Hidalgo, como persona instruida hasta donde lo autorizaba el sistema colonial, debió haber leído la historia de España y fijado su atención en el impulsivismo frenético de las plebes, contra los judíos y moriscos, cuando se les recordaba que eran enemigos de la reli-

gión y cuando se las excitaba á vengar á Dios. Reforzar el odio humano con el odio divino era llevar al rojo blanco la cólera de las multitudes é hincharlas de ferocidad para el combate. Todo eso era irreprochablemente lógico en el éter de la abstracción, lógica metafísica y en consecuencia no sólo lógica de cura sino de todo revolucionario de raza latina.

IV

El 28 de Septiembre de 1810 el cura Hidalgo con 1000 hombres aproximadamente de tropas milicianas mezcladas con veinte mil indios armados con lanzas, garrotes y hondas y seguidos, por cinco mil rancheros á caballo, se presentó ante la ciudad de Guanajuato para tomarla á viva fuerza. No podía ser mejor la inspiración del caudillo revolucionario. Después de México, Guanajuato era la ciudad más rica en metales preciosos y en plebe abundante, valiente, audaz y resuelta. Tomar Guanajuato era tomar á la Fortuna por el pescuezo y obligarla á servir á la revolución.

La toma de Guanajuato produjo á la causa de la independencia más que riquezas materiales, riquezas morales de indefinido valor. La revolución se anunció al país abatido y abyecto trescientos años, como un ruido de volcán que en horas podía reducir á cenizas el vetusto y sólido edificio colonial que todas las cóleras y resignaciones de los colonos habían considerado aplastante á perpetuidad. La toma de Guanajuato presentaba á la revolución como

un faro despidiendo rayos todos incendiarios, como una voz irresistible de soberanía sentenciando á muerte todo el pasado; como una corriente de terror que debía envolver el poderío español y carbonizarlo. En suma, la toma de Guanajuato significaba no el primer tiroteo de la lucha, sino las explosiones del parque enemigo y el toque incesante de degüello persiguiendo sin tregua y en todas partes á los vencidos.

Un simple ranchero mayordomo de una hacienda, llamado D. José Antonio Torres al ver pasar al cura Hidalgo al frente de su horda por Irapuato para ir á la conquista de Guanajuato, le pidió autorización para ir sin más recursos que su fe y su audacia á conquistar nada menos que toda la intendencia de Guadalajara. La noticia de la toma de Guanajuato por el pueblo sublevado en masa y obrando como torrente levantó á hombres como Gómez Portugal, Godínez y Alatorre, quienes operando de acuerdo con D. José Antonio Torres, insurreccionaron en menos de un mes todos los distritos colindantes con las provincias de Guanajuato y Michoacán. El oidor Recacho que salió á pacificarlas, sobrecogido de pánico, discurrió para evitar ser atacado, proteger su violenta retirada ó fuga, por el Santísimo Sacramento llevado en un coche en manos del cura. Torres ganó el combate de Zacoalco, en el que se le pasaron durante la acción los milicianos de Colima y la noticia del triunfo de Torres en Guadalajara, á quien se consideró como otro Hidalgo vengador y degollador, produjo tai

consternación, en el elemento español que determinó huir y el insurgente Torres ocupó á Guadalajara el 11 de Noviembre de 1810, habiéndole costado la conquista de la más importante intendencia del virreinato una docena de muertos y otros tantos heridos. Era el pánico infundido por las matanzas de Granaditas, lo que había servido de alas á Torres para conquistar un territorio que en otros tiempos hubiera resistido á un ejército.

Faltando para completar la conquista de la Nueva Galicia el importante puerto de San Blas, el cura de Ahualulco, D. José María Mercado, solicitó del triunfante caudillo Torres la autorización para perseguir á los españoles que huían hacia Tepic. Con seiscientos indios armados de piedras y garrotes y algunos rancheros, se presentó frente á Tepic, defendido por una compañía de tropa veterana, la que no quiso resistir y se unió á los insurgentes. De Tepic, Mercado siguió para San Blas, donde había para su defensa ochocientos hombres armados con buenos fusiles, una fortaleza respetable armada con doce cañones de veinticuatro, más cuatro baterías en la ciudad, más anclados en el puerto los siguientes barcos: una fragata, dos bergantines, una goleta, dos lanchas cañoneras, dotación de esta marina, sesenta piezas de artillería. Con las fuerzas de que disponía la fortaleza de San Blas y los barcos anclados en el puerto, había para reducir á escombros la ciudad. Pues bien, el comandante de la plaza D. José de Lavayen, oficial de la marina española, espantado por

las terribles amenazas de Mercado, entregó todo al jefe insurgente, que disponía de sus seiscientos indios armados de escopetas, hon-das, lanzas y flechas, mas seis cañones de pe-queño calibre sin parque. Todo cayó en poder de Mercado en virtud del miedo, el primero de Diciembre de 1810. Se sabía en San Blas la toma de la Alhóndiga de Granaditas y sus con-secuencias para los vencidos. El cura Mercado había ofrecido un programa igual.

El 6 de Octubre de 1810 las autoridades de Zacatecas recibieron de Calleja la noticia de que el cura Hidalgo había salido de Guanajuato para tomar aquella plaza. Alamán dice: "la plebe (zacatecana) entretanto se insolentaba y con la noticia de la toma y saqueo de Guanajuato se temía que se entregase á los mismos desórdenes de que había dado ejemplo aquella ciudad." (1) "Hubo una junta, á la que con-currieron el Ayuntamiento, diputaciones de mi-nería y comercio, Administradores de Rentas, curas, prelados de las religiones y varios su-ge-tos distinguidos del vecindario. En ella se de-clará imposible la defensa de la ciudad, tanto por falta de un cuerpo de tropas con qué ha-cerla, como por su situación, que es muy seme-jante á Guanajuato, y en consecuencia, en aquella tarde y noche, se fugaron los más de los europeos, llevándose consigo lo que pudie-ron de sus efectos y caudales, y lo mismo hi-cieron los empleados." (2) El intendente se

(1) Alamán, Tomo II, págs. 15 y 16.

(2) Alamán, Tomo II, pág. 16.

fugó de Zacatecas el 8 de Octubre de 1810 de-jando á disposición del insurgente Iriarte to-da la provincia.

El lego Herrera de San Juan de Dios, que había acompañado al cura Hidalgo á la toma de Guanajuato, obrando de acuerdo con otro le-go Villerías, se apoderó de la ciudad de San Luis Potosí el 10 de Noviembre de 1810, no obs-tante que tenía una regular guarnición y más de diez piezas de artillería; sin más elementos que un valor y una audacia dignos de los más célebres piratas. Pero ese valor y esa audacia cosechaban victorias inauditas en el terreno re-volucionario fertilizado por el pánico que ema-naba del triunfo de la revolución en Guanajuato.

El 17 de Octubre de 1810 entró el cura Hi-dalgo en la ciudad de Valladolid, la que pudo hacer más resistencia que Guanajuato, pues contaba con todo el regimiento de infantería provincial, con las ocho compañías de infante-ria que recientemente se habían levantado, y con todo el regimiento de dragones de Michoa-cán; total, dos mil hombres, y el cura Hidalgo apenas llevaba menos de mil soldados revuel-tos en su horda. La ciudad de Valladolid con-taba, pues, con una fuerza cuatro veces mayor que la que tuvo Guanajuato para defenderse y con una plebe pacífica y levítica sometida en-teramente á los canónigos y muy diferente á la plebe minera de Guanajuato. Sin embargo, el caudillo de la independencia tomó la plaza sin disparar un tiro, debido al terror que ins-piraba el recuerdo del asalto á la Alhóndiga

de Granaditas y al pánico que infundía la actitud facinerosa de la enorme horda insurgente.

El 30 de Octubre de 1810 tuvo lugar la sangrienta batalla de las Cruces ganada por el cura Hidalgo. Todos los historiadores y personas sensatas que conocen el pavor que reinaba en la ciudad de México antes de la batalla de las Cruces y después de la ocupación por los insurgentes de las ciudades de Guanajuato y Valladolid, y que además, conocen el efecto de cataclismo moral que produjo la noticia de la derrota de las fuerzas realistas mandadas por Trujillo; no dudan que si el cura Hidalgo hubiera arrojado á la media noche del 30 al 31 de Octubre su horda de sesenta mil foragidos habría levantado á toda la plebe de México, formando un raudal de más de cien mil hombres exaltados por el olor voluptuoso de un botín colosal; las cortas fuerzas realistas de que aún disponía el Virrey habrían defecionado é incorporádose á las fuerzas regulares que se habían batido en las Cruces al mando de Allende. El saqueo habría sido espantoso y los asesinatos innumerables; pero el régimen virreinal habría caído en el abismo que su sistema había escavado. Una vez tomada la capital del virreinato, é insurreccionada ya la mitad de su territorio, la otra mitad se habría levantado en horas y Calleja y Flon con su pequeño ejército se habrían quedado solos ó asesinados por sus propias tropas. El cura Hidalgo realmente cometió un error explicable, co-

mo más adelante lo haré, mas no justificable para un jefe de revolución.

V

El balance de la primera campaña de nuestra guerra de independencia, resulta extremadamente favorable para la hoja de servicios que el cura Hidalgo prestó á la causa de la independencia: La monarquía española había hecho toda clase de esfuerzos durante tres siglos para asegurar en Nueva España la perpetuidad de su dominación y un humilde cura, en cuarenta y cinco días estuvo á punto de pulverizar la obra española, basada en abyección popular de granito. No conozco ejemplo de mayor éxito en una revolución, y si el cura Hidalgo se había propuesto revolucionar, la Historia no presenta revolucionario con mayor empuje.

VI

Supongamos que en San Miguel el Grande el cura Hidalgo se sometía á Allende, empeñándose en hacer una revolución estrictamente militar como la de 1648 en Inglaterra ¿Qué habría sucedido?

El número de fuerzas milicianas que jamás habían hecho la guerra y que por consiguiente nunca habían oído silbar balas ascendía á 1000 hombres cuando el cura Hidalgo se presentó el 28 de Septiembre de 1810 ante la ciudad de Guanajuato, intimándole rendición. Las fuer-

zas milicianas rebeldes sin una sola pieza de artillería, y sin más municiones que las de pie de paz, sin jefes y sin parte de sus oficiales, que no habían querido defecionar, no estaban bien organizadas sobre todo para un combate de muy atrevida ofensiva digno sólo de tropas viejas muy fogueadas. El problema militar es fácil conocerlo y resolverlo. ¿Podían esas fuerzas compuestas de 1000 hombres, la mayor parte de caballería, nada de artillería, poco parque, tomar á viva fuerza una fortaleza de primer orden en su época, como lo era la Alhóndiga de Granaditas, defendida por quinientos hombres resueltos á morir, mandados por un jefe de tamaño heróico, que disponía además de un armamento igual al de los asaltantes, de una cantidad indefinida de frascos de hierro, envases de azogue que llenos de pólvora debían servir como tremendas granadas de mano? No puede haber militar medianamente culto que se atreva á afirmar, que el triunfo de Allende hubiera sido siquiera posible y los hechos lo prueban bastante.

El Ayuntamiento de la ciudad de Guanajuato aseguró en su informe al Virrey, que en el asalto á la Alhóndiga de Granaditas, la pérdida de ambas partes ascendió á 3,000 hombres. D. José María Licéaga en sus "**Apuntes**" considera exagerada la cifra, y después de un análisis minucioso de hechos y documentos, fija en 2,000 hombres fuera de combate la pérdida de los asaltantes. Si los defensores de Granaditas fueron capaces de poner 2,000 hombres fuera de combate, ¿es posible que 1000 hubieran

tomado la fortaleza? Las mejores tropas del mundo no resisten á una pérdida en combate de 50 por ciento. Cuando una tropa es capaz de perder sin retroceder la tercera parte de su efectivo ya es de primer orden; de manera que aún admitiendo que los asaltantes hubieran sido de primer orden y siendo su número de 1000 no hubieran resistido á 400 bajas.

Hay que tomar en cuenta que los indios honderos situados en los cerros arrojaron matatenas contra los defensores en cantidad tal, que quedó cubierta toda la azotea de Granaditas con una capa de más de una cuarta de vara de espesor.

La plebe de Guanajuato no habría ayudado á Allende. Cuando llegó la noticia del levantamiento del cura Hidalgo en Dolores, la plebe guanajuatense se puso desde luego del lado del Intendente Riaño y cuando supo que el cura Hidalgo venía al frente de una gran plebe, los sentimientos de fraternización se despertaron lo mismo que los de asociación para el pillaje.

La plebe de Guanajuato no tenía motivos de queja contra el elemento español; era una plebe rica, sus jornales eran muy elevados, los dueños de las minas en bonanza le daban gratificaciones á manos llenas; jugaba, bebía, reñía y bailaba libremente; era una plebe **chiqueada**, mimada, tratada democráticamente y muchos de sus individuos llegaban á la fortuna como sucede en todos los grandes minerales de metales preciosos. Ninguna plebe podía tener simpatías por un hombre que como

Allende estaba resuelto á castigar severamente el robo de un alfiler y á colgar á todo asesino.

Por otra parte, si en el programa de Allende estaba no permitir el pillaje, para dar prestigio á la revolución, no hubiera podido usar de sus 1000 hombres para atacar á Granaditas, porque quedando la ciudad como quedó á disposición de la plebe, para evitar el pillaje se hubiera visto obligado á destinar parte de sus fuerzas al servicio de policía. En las condiciones que he expuesto la toma de la Alhóndiga de Granaditas por Allende, no se puede considerar siquiera como hipótesis.

¿Qué hubiera hecho Allende al salir de San Miguel el Grande el día 17 de Septiembre con sus 1000 soldados? Tomar Guanajuato era imposible. ¿Hubiera podido atacar Valladolid? En esa plaza las fuerzas realistas eran superiores á las suyas, y no estando profundamente desmoralizadas como cuando supieron la proeza sangrienta de la toma de Guanajuato con sus trágicas consecuencias no se hubieran rendido. ¿Cómo habría aumentado sus tropas Allende? ¿Por medio de la defección de las realistas? Como lo he probado antes, ésta tenía que ser muy corta como en efecto sucedió en todo el tiempo de la insurrección. Y los que conocen nuestra historia de independencia habrán notado que en el primer período las defecciones no fueron espontáneas ni combinadas á distancia, sino efecto del contacto de la imponente ola humana acaudillada por el cura Hidalgo, que envolvía y tragaba las fuerzas milicianas aterrorizadas por un espectáculo de

potencia extraña que parecía misteriosamente invencible.

¿Hubiera podido aumentar su ejército Allende con la presentación voluntaria de los innumerables partidarios de la independencia? La toma de Guanajuato causó el efecto de un explosivo que hace volar en polvo la gruesa capa de abyección que pesaba sobre la voluntad de las multitudes. La revolución se anunció muy grande y por consiguiente se hizo escuchar de todos los habitantes de la colonia con acento majestuoso y seguro de victoria. Una revolución que se anuncia ya triunfante convierte en leones hasta los más tímidos carneros. Cuando la revolución es un problema negro de sepultura y dolor con recompensas alhagadoras visibles á distancias casi planetarias, entonces sólo los hombres de gran carácter se atreven á descender á lo desconocido que despide gases de catástrofe. Allende inaugurando la revolución en el tablado de su propio patíbulo, habría encontrado sin duda apóstoles decididos al martirio, mientras que cuando las revoluciones aparecen consumando su victoria hay que contar con casi todos los partidarios decididos á tomar parte en el banquete heroico con que se da gracias á los dioses.

Aceptando que se hubieran presentado á Allende muchos partidarios, ¿Con qué fusiles los armaba? Porque la guerra militar que él exigía rechazaba el empleo de garrotes, flechas, hondas y malas lanzas. Aun cuando hubiera armamento que comprar, faltaba dinero, mientras que el cura Hidalgo con su horda

atrapó en Guanajuato y Valladolid cuatro millones de pesos en numerario, barras de plata y oro, y plata labrada.

Si el general Calleja no salió de San Luis desde el momento en que tuvo noticia del levantamiento de Dolores, para marchar en auxilio del intendente de Guanajuato, fué porque le infundió respeto la horda del cura Hidalgo que podía contener bastante tropa miliciana y organizar más. Pero si Allende solo con sus 1000 hombres se hubiera lanzado á la revolución, Calleja, que en San Luis disponía de mayor número de fuerzas, pues estaban á sus órdenes los dos regimientos de dragones de San Luis y San Carlos, habría marchado inmediatamente contra el capitán rebelde y es casi seguro que lo habría destruido por ser mucho mejor militar que Allende y contar con mayor número de soldados disciplinados, pues como dije, las fuerzas rebeldes no llevaban á sus jefes ni á todos sus oficiales. Aun cuando Allende hubiera salido victorioso en pinchoque con Calleja; y dió pruebas de no poder chocar con él en términos de obtener la victoria; el Virrey hubiera cargado contra Allende fuerzas considerables y contando con todos los elementos necesarios para organizar un gran ejército habría aniquilado á Allende que rechazaba la guerra de guerrillas, guerra fundada en el pillaje sistemático de programa interminable.

VII

El segundo balance de la segunda y última campaña del cura Hidalgo, le es también muy favorable. Después de la batalla de Aculco, que no fué batalla sino desbandada á toque de carga del ejército de Calleja, Allende disgustado con el cura Hidalgo se dirigió á Guanajuato acompañado de Aldama, Abasolo y Jiménez, es decir, de todo el elemento militar, se separó del caudillo eclesiástico que fué á parar á Valladolid de donde salió hacia Guadalupe, á cuya ciudad entró el 16 de Noviembre de 1810.

Indudablemente era el momento de abandonar el sistema de guerra africana por medio de grandes hordas y apelar á la guerra de guerrillas, pues no era posible la militar por la imposibilidad de conseguir la cantidad de fusiles que un ejército requiere. Alamán lo reconoce en su obra de historia, los insurgentes no tenían posibilidad de tener fusiles ni de construirlos; y no se comprende cómo ese autor, después de reconocer en los insurgentes la imposibilidad de organizar ejércitos, pues no los puede haber sin que en ellos domine la infantería, reproche al cura Hidalgo no haber organizado la guerra militar.

En Guadalupe el cura Hidalgo hizo que fueran organizados cinco mil seiscientos soldados de infantería, no mal disciplinados, pues Calleja cometió el error de tardar sesenta días para presentársele al cura Hidalgo en el Puente Calderón; dando tiempo á la organización de los insurgentes, tanto en fuer-

zas regulares como en horda sudanesa, pues ésta volvió á subir á cien mil hombres.

El cura Hidalgo contó para combatir en el Puente Calderón con veinte mil rancheros á caballo, armados con lazos en su mayoría y con lanzas la minoría; tenía noventa y cinco piezas de artillería, entre ellas cuarenta y cuatro con buen movimiento en sus cureñas, el resto estaba mal montado, pues las piezas carecían de movimiento en el plano vertical. La infantería alcanzaba á cinco mil seiscientos hombres, tres mil de ellos armados con fusiles y el resto con cohetes provistos de lengüetas de hierro, lanzas y frascos de azogue, cargados como granadas. El cura Hidalgo contaba, además, con 66,000 indios y mestizos armados con garrotes, hondas y flechas.

Las tropas de Calleja no llegaban á seis mil hombres de combate, no eran fuerzas veteranas.

Había, pues, elementos suficientes para que los insurgentes luchasen en batalla defensiva en excelente posición como lo era para el armamento de la época, el Puente Calderón.

Cuando los insurgentes en Guadalajara supieron la aproximación de Calleja celebraron una junta de guerra para determinar lo que se debía hacer. Allende propuso abandonar Guadalajara á Calleja, dividir el ejército en varias fracciones y hacer la guerra como se pudiese hostilizando al ejército realista. ¿Propone Allende la división del ejército para que tomando diverso rumbo cada fracción se estableciese en determinada zona, buscara

el modo de vivir, se disciplinase y adiestrase para combatir? El plan era excelente, pero ¿y los fusiles dónde tomarlos? Como he dicho anteriormente, sólo había dos maneras racionales de obtener fusiles: Esperar á que muy poco á poco hasta tardar años los quitasen las guerrillas al ejército realista, por medio de pequeños encuentros favorables, y excitando y protegiendo la desertión de la tropa enemiga, haciendo uso de mujeres jóvenes del pueblo que sedujesen á los soldados mexicanos al servicio del Virrey. Como se ve, para seguir la revolución y para hacerla militar era forzoso iniciar y sostener durante algunos años activa y devastadora guerra de guerrillas, á riesgo de cansar la paciencia de la población, exasperarla y hacerla enemiga de los insurgentes.

Para considerar sensato el consejo de Allende, era necesario que hubiera aconsejado abandonar la guerra africana de hordas y la militar é ir á las guerrillas.

El cura Hidalgo opinó aceptar la batalla en el Puente Calderón que era indudablemente lo más acertado.

Dividir el ejército para evitar batirse era ir á dar á la guerra de guerrillas, cosa que se podía hacer muy bien después de la derrota, porque Calleja no tenía caballería para perseguir á veinte mil rancheros de á caballo muy buenos jinetes, quienes puestos en fuga por la derrota, podían convertirse en 200 guerrillas de á 100 hombres por guerrilla é inaugurar en

todo el país la indispensable y necesaria guerra propia de la situación.

Si el ejército insurgente no debía esquivar el combate dividiéndose en guerrillas, sólo podía evitarlo efectuando una retirada militar ó desbandándose buenamente para que cada uno se fuera á su casa. Un ejército se retira para evitar un desastre conformándose con la simple derrota ó se retira antes de combatir en busca de mejor posición ó para buscar abrigo en zona inviolable ó en bases de operaciones inexpugnables. Mas en el caso que examinó no existía esa base de operaciones inexpugnable, ni la zona inviolable, ni necesidad de mejorar la posición porque era excelente, ni habilidad en los jefes para hacer una retirada, ni disciplina en las tropas para no desorganizarse, y el ejemplo de lo que pasó en Aculco obligaba á no pensar en retiradas que serían desastres.

Resumiendo: El problema militar era: La desbandada del ejército insurgente por la acción de la derrota ó por impotencia militar para retirarse ó dar batalla. Aun cuando hubiera habido una sola probabilidad contra cien, de ganar la batalla, debía aceptarse el combate. Los hechos prueban, que la batalla del Puente Calderón se mantuvo seis horas indecisa; Alaman asegura que hubo un momento en que la victoria se inclinó del lado de los insurgentes; Mora afirma que si Allende director de la batalla hubiera sabido colocar sus baterías y ocultar al enemigo los secretos de la posición en vez de descubrirlos todos al primer

reconocimiento; el triunfo completo hubiera sido de los insurgentes. La historia no puede hacer cargo á Allende de su impericia porque no era más que un capitán de milicias provinciales y le faltaban las altas dotes guerreras de Morelos y Matamoros. Aldama y Abasolo eran más ineptos que Allende para los mandos en jefe. El cura Hidalgo tuvo el irreprochable pensamiento militar de aceptar batalla y el buen juicio de confiar la dirección á un militar, reconociendo que sus dotes no eran las que demandaba la situación. Si el cura Hidalgo hubiera ganado la batalla del Puente Calderón, habría recuperado Guanajuato, ocupado Querétaro y como se hallaba casi todo el país en poder de los insurgentes habría vuelto á atacar la ciudad de México y no es posible dudar que habría triunfado. Puede decirse que el no haber sido derrumbado el régimen virreinal por el cura Hidalgo, se debió en el Puente Calderón á hostilidad de la Fortuna é inmediatamente después de la batalla de las Cruces á la falta de suprema resolución que caracteriza á los criollos.

Del 16 de Septiembre de 1810 á 17 de Enero de 1811 hay 123 días, y dos veces el cura Hidalgo estuvo á punto de consumir la independencia de su país, obra que no logró por la suerte que tanto favoreció al gobierno español. Porque hay que preguntar también, ¿qué hubiera hecho el Virrey sin D. Félix Calleja? ¿Qué hubiera sucedido si Calleja hubiera desaparecido antes del 19 de Septiembre por una enfermedad, el puñal de un conspirador ó por

la rebelión en San Luis encomendada á insurgentes del temple de Villerías y Herrera? Sin Calleja no se puede concebir la resistencia del gobierno colonial al empuje de la revolución que llevó á cabo el cura Hidalgo precisamente por haber usado del sistema africano como el Mahdí del Sudan.

VIII

Veamos la obra militar del cura Morelos. Difiero en parte de Alamán respecto de la división que hace de las campañas del general Morelos. Para mí la primera campaña debe contarse desde Octubre de 1810 en que llegó al territorio que hoy se llama Estado de Guerrero hasta Agosto de 1811 en que tomó Chilapa al frente de **mil quinientos** hombres bien disciplinados, bien armados y mandados por intrépidos jefes con dotes militares. La segunda campaña comienza desde la salida de Chilapa hasta la terminación del sitio de Cuautla el 2 de Mayo de 1812. La tercera campaña que es la brillantísima, sin dejar de ser muy notables las anteriores comienza desde la fuga de Cuautla hasta el 25 de Noviembre de 1812 en que toma á viva fuerza la ciudad de Oaxaca. La cuarta comienza desde el 9 de Enero de 1813, fecha en que salió de Oaxaca y termina en el desastre de Puruaran el 5 de Enero de 1814. Después de Puruaran el general Morelos fué decayendo por falta de elementos hasta su captura que determinó su ejecución. Terminó su primera campaña presentando

un pequeño ejército de mil quinientos hombres. Llegó á Cuautla para defenderse en esa villa con tres mil hombres. Al tomar Oaxaca tenía cinco mil hombres, y se apareció frente á Valladolid que fué prólogo de Puruaran con cinco mil setecientos hombres organizados militarmente. Duraron las campañas del generalísimo Morelos, tres años tres meses y no obstante ser hombre dotado para la guerra, para la paz, para el gobierno, para disciplinar la revolución, para hacer de la tempestad un rocío y del huracán una brisa; nunca pudo mandar militarmente más de seis mil hombres, mientras que el gobierno colonial pudo organizar militarmente ochenta y seis mil.

A Morelos lo formó gran militar, gran civil y gran administrador, la guerra y su propio genio. Fué el único que desde su primera campaña tuvo resolución para tomar la ofensiva contra las tropas realistas aun cuando ocupasen buenas posiciones; no admitía la defensiva absoluta. Fué el primero en derrotar con fuerzas iguales ó inferiores, á las realistas; tenía precisión para su táctica, y mucha amplitud para la estrategia. No era impulsivo ni inspirado, todo lo calculaba con calma y si convenía lo realizaba con ímpetu. Se distinguió extraordinariamente en formar jefes. Fuera de él prestaron verdaderos servicios militares durante la guerra: D. Ignacio Rayón, D. José Antonio Torres, Mina, los dos Avila, los dos Galeana, dos de los tres Bravo, Matamoros, Trujano y Guerrero. Total doce; con ex

cepción de Rayón, Mina y Torres, todo el gran resto salió de las filas de las tropas de Morelos.

Llegamos ya á la oportunidad de examinar un hermoso problema: He dicho que el general Morelos en tres años tres meses de guerra apenas pudo mandar desde una infeliz guerrilla hasta seis mil hombres disciplinados; en el mismo espacio de tiempo el gobierno español aumentó su ejército que constaba de 28,000 hombres á 86,000. Debe resolverse: ¿por qué esos 86,000 hombres de tropas tan buenas como las de Morelos, contando con toda clase de recursos para llevar á cabo la campaña dentro de las reglas de la estrategia, contando con jefes como Calleja, que era de primer orden, con Iturbide, con Negrete, con Orrantía, con Hevia y otros de no menor nombradía, no pudieron impedir que Morelos llegase á formar un tan pequeño ejército y que dos veces estuviere á punto de derrocar al gobierno español y consumir la Independencia?

¿Se puede atribuir tan gran fenómeno al genio de Morelos? No, porque no hay militar de genio que á igualdad de tropas en cuanto á calidad resista con seis mil hombres á ochenta y seis mil. Cuando Morelos tomó Chilapa terminando su primera campaña con 1,500 hombres, el Virrey tenía sobre las armas 60,000 y en estas condiciones Napoleón I, hubiera sido vencido tantas veces, cuantas se hubiera presentado el caso.

¿Se debió á que no solamente Morelos luchaba contra el ejército español sino otros cuer-

pos de ejército ocupaban también la atención de las fuerzas virreinales?

Fuera de Morelos, los únicos que imprimieron á la guerra cierto carácter militar fueron D. Ignacio Rayón, D. José Antonio Torres y D. Francisco Javier Mina. Torres fué fusilado en 1811, Mina apareció después de aniquilado Morelos; Rayón no pudo sostener el ejército que le dejó Allende en el Saltillo; desde mediados de 1811 las derrotas lo obligaron á volverse guerrillero y las fuerzas que después organizó nunca pasaron de 3,000 hombres y jamás sirvieron para operaciones de ofensiva. Debe afirmarse que en terreno militar Morelos se encontró solo en un país donde tenía por enemigo un ejército catorce veces mayor que el suyo y eso cuando el suyo llegó al máximum de su efectivo.

Descifrar el enigma es muy sencillo. Morelos pudo hacer todo lo que hizo gracias á las guerrillas. El poderoso ejército virreinal estaba obligado á perseguir constantemente á las guerrillas para no morir de hambre y de miseria. Los recursos fiscales y principales del gobierno español provenían del monopolio del tabaco, de los elevados impuestos sobre la minería y de la alcabala que funcionaba en todas las ciudades y en las villas de alguna importancia. Si el gobierno virreinal hubiese concentrado su ejército para desmenuzar á Morelos é impedir su crecimiento y por consiguiente sus hazañas, habría tenido que abandonar ciudades, villas y aldeas, caminos públicos indispensables para el comercio interior y

exterior, distritos minerales y posesiones estratégicas naturales y artificiales. Las guerrillas habrían arrancado las plantaciones de tabaco de las villas, habrían incendiado los depósitos tabacaleros de Orizaba como lo hizo Morelos en 1812; con solo una cosecha incendiada hizo perder al gobierno español ocho millones de pesos. Se habrían posesionado nuevamente de Guanajuato, de Zacatecas, y por primera vez de Pachuca y hubieran podido también apoderarse de los minerales de Sombrerete y Catorce, pudiendo aprovechar los metales preciosos extraídos y hacer volar los tiros de las minas para hacer imposible su extracción durante muchos años. El impuesto de alcabala cobrado en algunas ciudades y villas de alguna importancia, habría desaparecido en casi todo el país; en suma, el sistema rentístico en su totalidad hubiera quedado deshecho. Las guerrillas no hubieran permitido la alimentación de las ciudades y pueblos dominando en los caminos comerciales. El gobierno y la sociedad se habrían hundido en un montón de cenizas. El poderoso ejército estaba obligado á funcionar diseminado en guerrillas para que las guerrillas insurgentes que cubrían todo el territorio poblado y productivo, no lo matasen, aislándolo de todo contacto con los recursos indispensables para vivir.

Cuando el general Morelos llegó á Cuautla el 9 de Febrero de 1812, sólo tenía tres mil hombres y elevó su guarnición á cinco mil quinientos con guerrillas de las menos indisciplinadas. Cuando se fugó de Cuautla reunió en el

Sur ochocientos hombres de sus dispersos y se dirigió á Huajuapán con el objeto de salvar á Trujano que estaba sitiado y muy comprometido. Ese jefe de gran valor y de una resolución militar inquebrantable y que sostuvo un sitio más de cien días, había comenzado por ser guerrillero y acabado por disciplinar su guerrilla y convertirla en pequeña brigada siendo él jefe muy digno de mandarla. Morelos salvó á Trujano, se hizo de recursos, elevó su fuerza á mil quinientos hombres y fué á ocupar la posición estratégica de Tehuacán que le proporcionó apoderarse del gran convoy de Labaqui, recoger ciento diez barras de plata de Arroyo, tomar á Orizaba é incendiar los grandes depósitos de tabaco y llevar algunos descalabros hasta quedarse casi sin gente, pues cuando resolvió invadir á Oaxaca sólo contaba con quinientos hombres que había reunido de los dispersos, en su choque de Acultzingo. Todas esas maniobras las ejecutó Morelos ayudado de las guerrillas, especialmente la de Arroyo. Para su gran hazaña, la toma de Oaxaca reunió cinco mil hombres, agregando á los quinientos suyos, dos mil quinientos de Matamoros bien disciplinados; más dos mil hombres que Bravo había organizado en las Mixtecas con las guerrillas de la comarca que había logrado disciplinar.

El 2 de Mayo de 1812 en cuya noche Morelos logró fugarse de Cuautla con unos cuantos hombres hasta el 25 de Noviembre del mismo año en que tomó Oaxaca, Morelos hizo la más brillante de sus campañas con materia prima

de guerrillas armadas con los fusiles que le quitaban al enemigo y convertidas en buenos soldados por el afán de jefes como los Bravo, los Galeana, Matamoros y Trujano que antes de ser recomendables militares habían sido guerrilleros. ¿Sin las guerrillas qué hubiera podido hacer Morelos desde que salió de Chilapa hasta su gran triunfo tomando á viva fuerza Oaxaca? Nada para la causa que sostenía y mucho para él, pues habría sido mil veces colgado antes de haber podido organizar un batallón durante los tres años tres meses que duró en campaña.

IX

Ahora bien, ¿quién se fijó en el cura Morelos para que fuera á hacer la revolución al Sur y tomar á Acapulco? El cura Hidalgo. ¿Quién comisionó al bizarro D. Juan Antonio Torres, mayordomo de una finca de campo, para la campaña de la Nueva Galicia, comisión que fué cumplida con estupendo éxito? El cura Hidalgo. ¿Quién lanzó á Hermosillo para revolucionar Sonora? El cura Hidalgo. ¿Quién le mandó el agente al cura Mercado para lanzarlo á la conquista de Tepic y San Blas? El cura Hidalgo. ¿De dónde se desprendió Iriarte para apoderarse de Zacatecas y de toda la provincia? De la horda africana del cura Hidalgo. ¿De dónde se destacó el lego Villerías para ir á tomar á San Luis en una sola noche? De la horda del cura Hidalgo. ¿Quién comisionó á Jiménez para la conquista que rápidamente llevó

á cabo de Nuevo Santander y las provincias internas de Oriente que comprendían los actuales Estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Durango, Chihuahua y los inmensos territorios de Nuevo México y Texas hasta la frontera con los Estados Unidos, marcada por el río Sabinas? El cura Hidalgo. ¿Quién mandó á Oaxaca á los dos comisionados para revolucionar, que fueron pasados por las armas? El cura Hidalgo. ¿Quién inició y contribuyó á esparcir la revolución desde la sierra de Puebla hasta los llanos de Apam? D. Mariano Aldama pariente de D. Ignacio destacado de la gran horda de Hidalgo en Septiembre de 1810 que había operado antes en el Bajío. ¿Quién comisionó á D. Miguel Sánchez, mayordomo de la hacienda de San Nicolás de los Agustinos de Michoacán para llevar la revolución á Huichapan? El cura Hidalgo. A Sánchez se le unió D. Julián Villagrán y cuando aquél fué matado al atacar la plaza de Querétaro, Villagrán tomó su lugar y extendió la revolución hasta la Huasteca potosina, faltando poco para que la llevara á Tampico. En una palabra, de la horda del cura Hidalgo y de su elección directa salieron todos los grandes revolucionarios que hicieron hervir al país en guerrillas, pero como he dicho, si las guerrillas eran el protoplasma indispensable para la organización militar se las debe indirectamente al cura Hidalgo, que no podía tener efecto de otro modo y si es responsable de todos los efectos desastrosos de sus procedimientos revolucionarios, es también el gran acreedor de todos los